de embajador al Soldan; se terminaron satisfactoriamente las disensiones entre ambos poderes, y se concluyó un tratado para la conservacion del Santo Sepulcro, y la proteccion de los peregrinos cristianos que á él fuesen.

Entre tanto seguia Colon los preparativos para su viaje, aunque muy lentamente, á causa, segun Charlevoix indica, de los artificios y dilaciones de Fonseca y sus agentes. Pidió permiso para tocar á Española en su viaje de ida con el objeto de tomar provisiones; pero los soberanos le prohibieron hacerlo. Sabian que tenia muchos enemigos en la isla, y que estaria aun todo muy agitado por la llegada de Ovando y la separacion de Bobadilla. Le consintieron, empero, que tocase á Española por corto tiempo á la vuelta; pues esperaban que para entonces ya estuviese restablecida la tranquilidad en la isla. Tambien se le permitió que llevase consigo á su hermano el Adelantado, y á su hijo Fernando, entonces de catorce años; é igualmente dos ó tres personas instruidas en la lengua árabe, que sirviesen de intérpretes en caso de llegar á los dominios del gran Khan, ó de algun príncipe oriental donde aquella lengua pudiese ser la general, ó parcialmente conocida. En contestacion á las cartas relativas á la recuperacion de sus derechos, y asuntos de su familia, le escribieron los soberanos en 14 de marzo de 1502, desde Valencia de la Torre, asegurándole solemnemente que sus capitulaciones se cumplirian á la letra, y que gozaria las dignidades que por ellas se le concedian, y sus hijos despues de él; y si fuese necesario confirmarlas de nuevo, lo harian, asegurándoselas á estos. Ademas espresaban su intencion de conceder mas honores y premios á él, á sus hermanos y á sus hijos. Y le pedian por último, que fuese en paz y confianza, y que dejase sus negocios de España bajo el cargo de su primogénito don Diego.

Esta fue la última carta que recibió Colon de los soberanos, y las seguridades que le daban eran tan ámplias y tan absolutas como él podia desear. Pero algunas circunstaucias recientas le habian hecho dudar de lo futuro. El tiempo que pasó en Sevilla, antes de su partida, lo empló en parte en tomar precauciones para asegurar su fama, y conservar los derechos de su familia, poniéndolos bajo su proteccion de su pais natal. Sacó dobles copias de todas las cartas, concesiones y privilegios de los soberanos, nombrándole Almirante, virey y gobernador de las Indias, las cuales se autorizaron en debida forma; así como copia de la carta dirigida á la nodriza del príncipe don Juan, con una vindicacion circunstanciada y elocuente de sus derechos; y de otras dos cartas, dirigidas al banco de San Jorge en Génova, designándole la décima parte de sus rentas para que se emplease en disminuir los derechos del trigo y otras provisiones: patriótica y benévola donacion en favor de los indigentes de su ciudad nativa. Las copias de estos diversos documentos les envió por medio de diferentes individuos á su amigo el doctor Nicolas Oderigo, ex-embajador genoves en la córte de España, pidiéndole las conservase en seguro depósito, y se lo noticiase así á su hijo Diego. Mal contento quizá con la córte española, tomó aquella medida, para que sus descendientes pudiesen apelar ante el mundo ó la posteridad si él perecia en aquel viaje (1).

(1) Estos documentos se conservaban desconocidos en la familia de Oderigo, hasta el año de 1670, que Lorenzo Oderigo se los presentó al gobierno de Génova, y se depositaron en los archivos. En los tumultos y revoluciones posteriores desapareció una de las colecciones de copias, y se llevó á Paris la otra. En 1816 se descubrió esta en la biblioteca del difunto conde Michel Angelo Cambiaso, senador de Génova. La procuró el rey de Cerdeña, soberano de Génova entonces, y se la regaló á la ciudad en 1821. Esta erigió para su conservacion una custodia ó monumento, compuesto de una urna, que descansa en una columna de mármol, y sostiene el busto de Colon. Los documentos están depositados dentro de la urna. Estos papeles se publicaron unidos á una memoria histórica de Colon, por el doctor Gio. Battista Spotorno, profesor de elocuencia, etc., de la universidad de Génova.

LIBRO XV.

CAPITULO PRIMERO.

SALIDA DE COLON EN SU CUARTO VIAJE.—SE LE NIEGA LA ADMISION EN EL PUERTO DE SANTO DOMINGO.—QUEDA ESPUESTO Á UNA VIOLENTA TEMPESTAD.

(1502.)

El 9 de mayo de 1502 salió Colon de Cádiz, en su cuarto y último viaje de descubrimientos. Se componia su escuadra de cuatro carabelas, la mayor solo de setenta toneladas, y de cincuenta la mas pequeña: las tripulaciones ascendian á ciento cincuenta hombres. Con esta flota y frágiles barcas emprendió la busca de un estrecho, que, si le hallaba, debia conducirlo á las mas remotas mares, y á una completa circunnavegacion del globo. La edad iba debilitando rápidamente su constitucion cuando emprendió tan estenso y peligroso viaje. Tenia ya sesenta y seis años. Aquel temperamento en estremo robusto y vigoroso, habia al fin sucumbido á las inclemencias de tantos climas y á tantos padecimientos físicos y morales. Su cuerpo, antes tan fuerte y esbelto, estaba quebrantado ya por las enfermedades, si bien se conservaba aun interesante en su misma decadencia. Solo sus potencias intelectuales gozaban de la energía primitiva, incitándolo, en un periodo de la vida en que los mas de los hombres buscan el reposo, á entregarse con juvenil ardor á la mas trabajosa y aventurada de las empresas.

Pero en este árduo viaje tenia un fiel consejero y un coadjutor intrépido y vigoroso en su hermano don Bartolomé, mientras su hijo menor Fernando le infundia aliento con su afectuosa simpatía. Apreciaba tanto mas aquella especie de consuelo doméstico por cuanto habia vivido con demasiada frecuencia lejos de todas las simpatías de familia, rodeado de falsos amigos y de pérfidos adversarios.

De Cadiz pasó la escuadra á Ercilla, en las costas de Marruecos, donde ancló el 13. Sabiendo que la guarnicion portuguesa se hallaba estrechamente situada en el fuerte por los moros, y espuesta á un inminente peligro, le mandaron los soberanos que tocase en aquel punto, y les prestase toda la ayuda posible. A su arribo ya se habia levantado el sitio; pero el gobernador estaba en cama por haber sido herido en un asalto. Colon envió á tierra á su hermano el Adelantado, á su hijo Fernando y á los capitanes de las carabelas para visitar al gobernador, y ofrecerle los servicios de su escuadra con espresiones de amistad y cortesía. Causaron mucha satisfacion esta visita y mensaje; y varios caballeros pasaron á bordo á dar gracias al Almirante, entre ellos algunos parientes de su difunta mujer doña Felipa Muñoz. El Almirante se hizo á la vela el mismo dia, y continuó su viaje. El 20 de mayo llegó á la Gran Canaria y se detuvo en las islas adyacentes algunos dias, haciendo provision de leña y agua. En la tarde del 25 salió para el Nuevo-Mundo. Los vientos constantes fueron tan favorables, que continuó la pequeña escuadra su viaje sin tener que tocar una vela hasta el 15 de junio en que llegó á una de las islas Caribes, llamada Mantinino por los naturales. Despues de detenerse en ella tres dias, hecho provision de leña y agua, y dado tiempo á los marineros para lavar sus ropas, pasó la escuadra al Occidente de la isla, y de allí á la Dominica, distante unas diez leguas. Luego continuó por el Oriente de las Antillas hasta Santa Cruz, y pasando por el Sur

de Puerto Rico, tomó el rumbo de Santo Domigo, Era esto contrario al plan primitivo del Almirante, que habia pensado ir á Jamáica, y de allí al continente, á explorar sus costas y buscar el supuesto estrecho. Tambien era contrario á las órdenes de los soberanos, que le habian prohibido tocar á Española en su viaje de ida. Escusóse con que el principal de sus bajeles navegaba malísimamente, pues apenas tomaba viento y servia de rémora al resto de la escuadra. Deseaba por lo tanto trocarlo con uno de la flota que acababa de traer á Ovando á su gobierno, ó comprar otro buque en Santo Domingo, y estaba persuadido de que no se llevaria á mal que se hubiese separado de sus órdenes en un caso de tanta importancia para la seguridad y buen éxito de la expedicion.

Es necesario bosquejar la situacion de la isla en aquel momento. Ovando habia llegado á Santo Domingo el dia 15 de abril. Se le habia recibido en la costa con las acostumbradas ceremonias por Bobadilla, acompañado de los principales habitantes de la ciudad. Se le escoltó hasta la forlaleza; donde su comision se leyó en forma, y en presencia de todas las autoridades. Se recibieron los juramentos, y se observó el ceremonial de costumbre; y el nuevo gobernador fue aclamado con grandes demostraciones de obediencia y satisfaccion. Empezó Ovando los deberes de su empleo con acierto y prodencia, tratando á Bobadilla con cortesía que contrastaba con la rudeza con que él habia tratado á Colon. La vanidad de un mero empleo, cuando no se debe al mérito, se mostró en el caso de Bobadilla. Desde luego que cesó su autoridad, se desvaneció toda su importancia. Se encontró repentinamente aislado, abandonado por los mismos á quienes mas habia favorecido; y vió el poco valor de la popularidad obtenida como él la obtuvo. Aun pudo servirle de consuelo que no se le formase proceso, pero Las-Casas, que se hallaba allí en aquella época, dice que no oyó hablar muy mal de él á ninguno de los colonos

La conducta de Roldan y de sus cómplices sufrió una investigacion estricta, y muchos fueron presos para enviarlos á España. Mas no por esto perdieron su ánimo; pues confiaban tal vez algunos en la influencia de sus amigos en España, y otros en la bien conocida disposicion del obispo Fonseca, para favorecer á cuantos habian dañado á Colon.

La flota que trajo á Ovando, estaba pronta para zarpar, y debia conducir á España muchos de los principales delincuentes y de los ociosos y libertinos de la isla. Habia de embarcarse Bobadilla en el buque principal. A bordo de este buque se puso una inmensa cantidad de oro, adquirida á la corona durante su gobierno, y que él confiaba suficiente para atenuar todas sus faltas. Habia una masa sólida de oro vírgen, famosa en las crónicas antiguas-españolas. Era hallazgo que hizo una india en un arroyo, en los estados de Francisco de Garay y Miguel Diaz, y la habia tomado Bobadilla para dársela al rey, recompensando como era de justicia á sus propietarios. Se dice que pesaba tres mil y seiscientos castellanos.

Tambien se embarcaron grandes cantidades de oro por los amigos de Roldan y otros aventureros, riqueza hija de los sufrimientos de los indios. Entre las personas que debian ir en el principal buque, se contaba el desgraciado Guarionex, antes poderoso cacique de la Vega. Habia estado preso en el fuerte de la Concepcion, desde su captura despues de la insurreccion de Higney, y se le envió cautivo y encadenado á España. En uno de los buques habia puesto Alonso Sanchez de Carvajal, agente de Colon, cuatro mil piezas de oro para remitírselas á la península; siendo parte de la propiedad recientemente adquirida por Bobadilla y rescatada de las manos de este. Hechos los preparativos para la salida de la escuadra, y estando pronta para darse á la vela, llegaron los buques de Colon al puerto el 29 de junio. Inmediatamente mandó á tierra á Pedro de Terreros capitan de una de las carabelas, para que visitase á Ovando, y le explicase que el motivo de su venida era solo procurarse un bajel trocándolo con otro que tenia sumamente defectuoso. Le pedia permiso tambien para recoger su escuadra en el puerto, temiendo la proximidad de una tormenta. Ovando no accedió é esta peticion. Las-Casas considera probable qua tuviese instrucciones de sus soberanos para no admitir á Colon, y cree ademas que le guiaban prudentes consideraciones. Santo Domingo era aun residencia de los mas enconados enemigos del Almirante, exasperados muchos de ellos por los procedimientos criminales de que acababan de ser objeto.

Cuando recibió Colon la poco lisonjera respuesta de Ovando, y vió que se lo negaba todo, trató ya nada mas que de evitar el peligro de la flota que estaba para hacerse á la vela. Hizo pues volver á Terreros, para suplicar al gobernador que no permitiese salir los buques en muchos dias, asegurándole que habia señales indudables de una terrible tempestad. El segundo mensaje tuvo la misma acogida que el primero. El tiempo parecia sereno y tranquilo á ojos menos experimentados que los de Colon; los pilotos y marineros deseaban partir. Se burlaron de las predicciones del Almirante, ridiculizándole como falso profeta, y persuadieron á Ovando de que no detuviese la escuadra por tan insustancial pretesto.

Amargo debió ser para Colon verse privado del auxilio que el estado de sus buques requería, y excluido en aquellos momentos peligrosos del mismo puerto que él habia descubierto. Parece que estuvo su vida destinada á servir de ejemplo de la ingratitud de los hombres. Se retiró del rio lleno de dolor y de indignacion. Las tripulaciones censuraban, murmuraban abiertamente que se les cerrase un puerto de su misma nacion, cuando hasta á los extranjeros se abriria en análogas circunstancias. Les desazonaba haberse embarcado con un gefe sujeto á recibir tales desaires; y solo anticipaban desgracias de un viaje, en que se veian expuestos á los peligros del mar, y se les negaba la proteccion de la tierra.

Seguro, por sus observaciones de los fenómenos naturales, en que era habilísimo, de que no podia tardar mucho en sobrevenir la tormenta, y creyendo que viniese del lado de tierra, mantuvo Colon su débil escuadra cerca de la costa, y buscó anclaje en una bahía ó rio de la isla.

Entre tanto salió la flota de Bobadilla de Santo Domingo, y se hizo á la vela confiadamente. A los dos dias se verificó la prediccion de Colon. Se habia formado gradualmente uno de los tremendos huracanes que á veces devastan aquellas latitudes. La ominosa apariencia de los cielos, las procelosas ondas del Océano, el rugido de los vientos, todo anunciaba su aproximacion. La flota habia llegado apenas al extremo oriental de Española, cuando la tempestad rodó en torno suyo con espantosa furia, y la convirtió súbitamente en ruinas. El bajel en que iban Bobadilla, Roldan y muchos de los mas enconados adversarios de Colon, pereció con toda su gente, sumergiéndese la célebre masa de oro, y la mayor parte del mal acumulado tesoro que produjeron las miserias de los indios. Tambien se perdieron otros muchos buques, y volvieron algunos muy averiados á Santo Domingo, de suerte que uno solo pudo continuar su viaje á España. Este era, segun Fernando Colon, el mas frágil de todos y el que llevaba á bordo las cuatro mil piezas de oro de propiedad del Almirante.

Al principio de la tormenta permaneció la pequeña escuadra del Almirante medianamente guarecida por la tierra. Al segundo dia creció la violencia de la tempestad, y sobreviniendo la noche, mas que de

ordinario tenebrosa, se perdieron los buques de vista y se dispersaron. El del Almirante se mantuvo junto á la orilla y no padeció nada, Los otros, temiendo la tierra en tan oscura y tumultuosa noche salieron al mar, y se entregaron á todos los embates de los elementos. Muchos dias estavieron errantes á merced de los vientos y de las olas, temiendo naufragar de un instante á otro y creyéndose mútuamente perdidos. El Adelantado que mandaba un buque que, como ya se ha dicho, podia apenas navegar, estuvo en inminente peligro; y á no ser náutico consumado, no hubiera podido evitar el naufragio. Al fin, despues de varias vicisitudes, llegaron todos salvos á Puerto Hermoso, Occidente de Santo Domingo. El Adelantado perdió su bote, y todos los buques menos el del Almirante sufrieron alguna avería. Cuando supo Colon la catástrofe de sus enemigos, casi delante de su misma vista, se llenó de reverente temor, y tuvo su conservacion por poco menos que milagrosa. Su hijo Fernando, y el venerable historiador Las-Casas, consideraron tambien aquel suceso como uno de los terribles juicios, que parece lanzar á veces desde los cielos la Providencia Divina. Observaron ambos la circunstancia de que al paso que devoraron los mares á los enemigos de Colon, el solo buque de la escuadra que pudo seguir su viaje, y llegar al destinado puerto, fue la frajil barca en que iba la propiedad del Almirante. El mal, empero en esta, como en las mas de las circunstancias, hirió á la vez al inocente y al culpable. En el mismo buque de Bobadilla y Roldan, pereció el cautivo Guarionex, el desventurado cacique de la Vega.

CAPITULO II.

VIAJE POR LA COSTA DE HONDURAS.

(1502.)

Muchos dias permaneció Colon en puerto Hermoso, reparando sus buques y dando á sus tripulaciones el descanso necesario despues de la tormenta. Apenas dejó el puerto, tuvo que refugiarse á causa de otro temporal en Jaquemel, ó como le llamaban los españoles, en Puerto Brasil. De allí salió el 14 de julio, tomando el rumbo de tierra-firme. Por estar el tiempo en completa calma, fue llevado por las corrientes hasta las cercanías de algunas isletas de Jamáica (se supone que fuesen los Cayos de Morant), destituidas de manantiales, de suerte que los marcantes para obtener agua abrieron pozos en la arena.

Las calmas seguian y las corrientes le llevaron á otro grupo de isletas hácia el Sur de Cuba, las mismas á que en 1494 dió el nombre de los Jardines. Apenas tocó á ellas, cuando se levantó un viento favorable, que le permitió tomar el rumbo del Sur Oeste, y despues de algunos dias descubrió el 30 de julio una pequeña isla agradable á la vista por la variedad de árboles que la cubria. Entre estos se elevaban robustos pinos, cuyo nombre dió Colon á la isla. Siempre, empero, ha conservado su denominacion india de Guanaga, que se extiende tambien á las numerosas isletas que la rodean. Este grupo está á algunas leguas de la costa de Honduras, y al Oriente de la grande bahía ó golfo de aquel nombre.

El Adelantado desembarcó con la tripulacion de dos lanchas en la isla, que halló muy verde y fértil. Los habitantes se parecian á los otros isleños, aunque tenian la frente mas estrecha. Estando aun en tierra; vió llegar una grande canoa, que venia al parecer de muy lejos despues de haber hecho un importante viaje. Le admiraron su magnitud y contenido. Tenia ocho pies de ancho, y era tan larga como una galera, aunque toda de una sola pieza. Ocupaba su centro una especie de camarote de hojas de palma, semejante á los de las góndolas de Venecia, y suficientemente cerrado para guarecer del sol y de la lluvia. En él venia un cacique con su mujer é hijos. Veinte y cinco indios bogaban, y traian en la canoa toda especie de artículos de manufactura y producciones naturales de los paises adyacentes. Se supone que viniese esta barca de la provincia de Yucatan, que dista como cuarenta leguas de la isla.

Los indios de la canoa, lejos de temer á los españoles, se colocaron francamente al lado de la capitana. Mucho se alegró Colon de que le tragesen así de una vez, sin peligro ni trabajo, una coleccion de muestras de todos los artículos importantes de aquella parte del Nuevo-Mundo. Examinó con grande curiosidad é interes el cargo de la canoa. Entre varios utensilios y armas semejantes á las ya vistas entre los indios, encontró otras de calidad muy superior. Habia hachas para cortar madera, no de piedra sino de cobre. Espadas de madera, con canales en ambos lados de la hoja, á que estaban atados cortantes pedernales, por medio de cuerdas hechas de los intestinos de ciertos pescados, de la misma especie que las que se hallaron despues entre los mejicanos. Habia campanillas de cobre, y otras cosas del mismo metal, como tambien una especie de rústico crisol en que fundirlo; varios vasos y utensilios curiosamente formados de barro, mármol y madera dura; sábanas y mantos de algodon, bien labradas y teñidas de varios colores; grande cantidad de cacao, fruto hasta entonces desconocido á los españoles, pero que segun vieron tenian los indios en grande estima, usándolo á la vez como alimento y como moneda. Tambien habia un brebaje, extraido del maiz, y parecido á la cerveza. Sus provisiones consistian en pan de maiz y raices de varias especies semejantes á las de Española. De entre estos objetos escogió Colon los que le parecieron propios para enviarlos á España, dando á los naturales en cambio dijes europeos, con que quedaron muy satisfechos. No manifestaron ni admiracion ni miedo á bordo de los buques, y rodeados de gentes que debieron parecerles tan extrañas. Las mujeres llevaban mantos en que se envolvian como las moras de Granada, y los hombres cintos de algodon alrededor de la cintura. Ambos sexos parecian mas cuidadosos de la conservacion de sus cubiertas, y con un sentimiento de modestia personal ignorado de los demas indios vistos antes por Colon.

Esta circunstancia, unida á la superioridad de sus utensilios y manufacturas, la tomó el Almirante por indicacion de irse acercando á paises mas civilizados. Quiso tomar informes de aquellos indios respecto á los de las cercanías, pero como hablaban diferente lengua que sus intérpretes, apenas pudo entenderlos. Dijeron, al parecer, que acababan de llegar de un pais rico, cultivado é industrioso del Occidente. Se esforzaron en hacerle comprender la opulencia de las magníficas regiones y gentes de aquellas tierras, y le aconsejaron fuese á visitarlas. Feliz hubiera sido para Colon no desechar este consejo. En uno ó dos dias hubiera llegado á Yucatan; el descubrimiento de Méjico y de otros ricos paises de la Nueva-España habria sido la consecuencia; el Océano del Sur se hubiera desarrollado á su vista, y una sucesion de espléndidos descubrimientos hubiera acabado de ilustrar sus últimos dias.

Pero el ánimo todo del Almirante estaba entregado al descubrimiento del estrecho. Como los paises descritos por los indios estaban al Occidente, supuso que podria visitarlos con facilidad en lo sucesivo, navegando con los vientos constantes á lo largo de la costa de Cuba, que á su ver seguia dilatándose hasta juntarse con ellos. A la sazon estaba resuelto á buscar la tierra firme, cuyas montañas se divisaban al Sur, y poco distantes en apariencia; conservando sin variacion su rumbo hácia el Oriente, pensando á lo largo de ella, llegar al punto en que se separaba de la costa de Pária por medio de un estrecho, al otro

lado del cual hallaria camino para las islas de las Especias, y las partes mas ricas de la India.

Le animó tambien á continuar su rumbo hácia el Este el informe de los indios, de que habia en aquella direccion muchos lugares abundantes en oro. La mayor parte de las noticias de los indios procedian de un anciano, mas inteligente que los otros, y al parecer antiguo navegador de aquellas mares. Colon le retuvo para que les sirviese de guia por las costas, y despidió á sus compañeros, haciéndoles muchos regalos.

Al salir de Guanaga tomó al Sur para tierra-firme, y á pocas leguas de navegacion descubrió un cabo, á que puso el nombre de Caxinas, por estar cubierto de árboles frutales, llamados así por los indios. En la actualidad se conoce con la denominacion de cabo de Honduras. En él desembarcó el Adelantado, en domingo 14 de agosto, con los capitanes de las carabelas y muchos marineros para oir misa, que se celebró solemnemente bajo los árboles de la costa, segun la piadosa costumbre del Almirante cuando las circunscias lo permitian. El 17 desembarcó el Adelantado de nuevo un rio á quince millas del punto anterior, y desplegando las banderas de Castilla, tomó posesion de aquel pais en nombre de sus magestades católicas; por cuya circustancia le dió el nombre de Rio de la Posesion.

Allí encontraron mas de cien indios juntos, cargados de pan de maiz, aves y pescados, hortalizas y frutas de varias especies. Todo se lo presentaron al Adelantado y su comitiva, separándose de ellos sin hablar una palabra. Mandó el Adelantado que se les distribuyeseu varios juguetes, con que quedaron muy contentos; al dia siguiente se presentaron en el mismo parage, en mayor número y con mas abundantes provisiones.

Los naturales de aquellas cercanías tenian la frente mas alta y despejada que los de las islas. Su lenguaje era diferente y no todos estaban ataviados del mismo modo. Algunos iban del todo encueros, y tenian en el cuerpo marcadas á fuego las figuras de varios animales. Unos llevaban cubierto la mitad del cuerpo; otros chaquetas de algodon sin mangas, los mas trenzas de pelo en la parte anterior de la cabeza. Los caudillos, gorros de algodon blanco ó pintado. Cuando se ataviaban para alguna fiesta pintaban sus rostros de negro, ó con listas de varios colores ó con círculos al rededor de los ojos. El anciano guia indio aseguró al Almirante que muchos eran caníbales. En una parte de la costa tenian los indios las orejas horadadas y horrorosamente largas, por lo cual los españoles llamaron á aquella region la costa de la Oreja.

Desde el Rio de la Posesion pasó al Almirante á la que se llama hoy costa de Honduras, venciendo vientos contratarios y luchando con adversas corrientes. Frecuentemente perdia en una virada lo que habia ganado en dos; muchos dias solo anduvo dos leguas, y en ninguno mas de cinco. Por la noche anclaba cerca de tierra, temeroso de ser arrastrado en la oscuridad contra una costa desconocida; pero la violencia de las corrientes le obligaba de continuo á tomar agua. En todo aquel período experimentó el mismo tiempo que habia prevalecido en las costas de Española, y que ya hacia mas de sesenta dias que duraba. Habia, dice, una tempestad casi incesante de los cielos, con fuertes aguaceros, y tales truenos y relámpagos que parecia acercarse al fin del mundo. Los que conocen las lluvias y tormentas de los trópicos no creerán esta descripcion exajerada. Estaban tan relajados los bajeles, que se abrian por todas partes, desgarradas las velas, rotas las jarcias y corrompidas las provisiones. Muchas veces se confesaron los viajeros mútuamente sus pecados, y se prepararon para la muerte. Muchas tempestades he visto, dice Colon, pero ninguna tan violenta ni duradera. Alude á la série de tempestades que sufrió por espacio de mas de dos meses, desde que le negaron asilo en Santo Domingo. Gran parte de este tiempo habia padecido de la gota, agravada por su ansiedad y vigilias. No le impedia la enfermedad atender á sus deberes; mandó construir un camarote, ó cuarto pequeño en la popa, desde donde podia sin moverse de la cama observar y regular la navegacion de los buques. Con frecuencia se sintió tan malo, que creyó se aproximaba su última hora. Padecia amargas pasiones de ánimo, considerando que habia persuadido al Adelantado, contra su voluntad, á entrar en esta expedicion, y que iba en el peor bajel de la escuadra. Se arrepentia tambien de haber traido consigo á su hijo Fernando, exponiéndolo en tan tierna edad á tantos peligros y padecimientos aunque el jóven los sobrellevaba con el valor y la resignacion de veterano. Tambien descansaban sus

Natural de la costa de Honduras.

pensamientos á menudo en su hijo Diego, y meditaba los cuidados y perplejidades á que quedaria entregado si él le faltase entonces. Al fin, despues de luchar mas de cuarenta dias desde que dejaron el Cabo de Honduras, para navegar unas setenta leguas llegaron el 14 de setiembre á un cabo en que la costa formaba un ángulo, y se volvia directamente al Sur, dándoles próspero viento y nevegacion libre. Doblaron el cabo y siguieron aquel rumbo con velas hin-

chadas por el viento y los corazones por el gozo; y el Almirante, en conmemoracion de aquella repentina peripecia dió al cabo el nombre de Gracias á Dios.

CAPITULO III.

VIAJE POR LA COSTA DE MOSQUITOS, Y TRANSACCIONES EN CARIARI.

(1503.)

Despues de doblar el cabo de Gracias á Dios, continuó Colon por la que hoy se llama costa de los Mosquitos. La tierra era de caracter vario, á veces fragosas con ásperos promontorios y cabos, dilatándose por medio del mar; á veces verde y fértil, y regada por abundantes corrientes. Crecian por los rios inmensos juncos y cañas, algunas de estas tan gruesas como el muslo de un hombre: abundantes en pescas y tortugas y se veian en sus orillas algunos caimanes. En uno de estos sitios pasó Colon por un grupo de doce isletas, cerca de cuyas costas crecia un fruto parecido al limon, por lo cual llamó los Limonares.

Habiendo nevegado unas sesenta y dos leguas por estas costas, y hallándose en gran necesidad de leña y agua, ancló la escuadra en 16 de setiembre en la embocadura de un abundante rio, por el cual entraron los botes á proveerse de aquellos dos artículos. Al volver á los buques creció el mar repentinamente, y precipitándose contra las rápidas aguas del rio, causó una conmocion violenta, en que pereció un bote con todos los que tenia á bordo. Este suceso entristeció á las tripulaciones, ya desanimadas y abatidas por los trabajos que habian sufrido; y Colon, participando de su abatimiento, dió al rio el siniestro nombre de rio del Desastre.

Dejaron aquellas infaustas orillas, y siguieron costeando hasta hallarse los buques y gente casi en imposibilidad de continuar el viaje, atropellados por las tempestades que habian sufrido. El 25 de setiembre ancló Colon entre una isleta y el continente, en una situacion la mas cómoda y deliciosa. Estaba la isla cubierta de palmas, cocos, ananas, y un fruto delicado y aromático, que equivocaba el Almirante de continuo con el mirabolano de las Indias orientales. Las frutas, flores y olorosos arbustos de la isla despedian gratísimos perfumes, por lo que le puso el Almirante La-Huerta. Los indios le llamaban Quiribiri. Enfrente, á menos de una legua de distancia, habia un lugar indio, nombrado Cariari, en la orilla de un hermoso rio. El pais inmediato era fresco y verde, salpicado de colinas y florestas y con árboles de tal altura, que dice Las-Casas que parecia llegaban al cielo

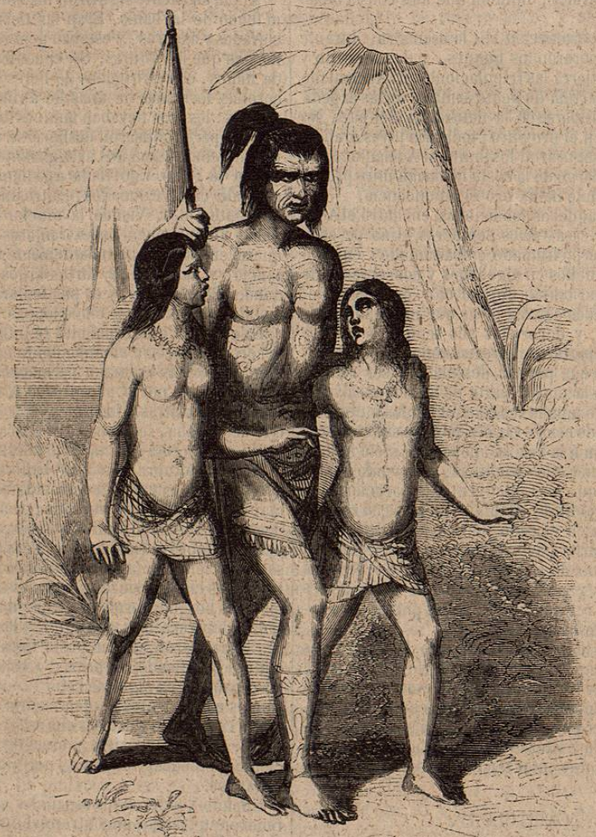
Cuando los habitantes vieron los buques, se agru

Tempestad deshecha en la costa de Honduras.

paron en las costas armados de flechas, lanzas y clavas, preparados á defender sus tierras. Los españoles, empero, no intentaron desembarcar en aquel dia, ni en el siguiente, sino que permanecieron tranquilamente á bordo, reparando sus buques, aireando y enjugando sus provisiones deterioradas y descansando de las fatigas del viaje. Al ver los salvajes que aquellas gentes prodigiosas, que habian llegado de tan extraño modo á sus costas, eran del todo pacíficas y no querian molestarlos, cesó su alarma y á ella sucedió una vivísima curiosidad. Hicieron varias señas de paz, tremolando los mantos como banderas, y convidando á los españoles á ir á tierra. Mas osados aun, fueron á nado á los buques, cargados de mantos y túnicas de algodon, y adornos del oro inferior llamado por ellos guanin, con que se engalanaban el cuello. Ofrecieron los españoles estos artículos; pero el Almirante prohibió todo comercio, haciéndoles regalos sin tomar nada en cambio, con el deseo de dejar favorable idea de la liberalidad y desinteres de los blancos. El orgullo de los salvajes quedó herido al ver que se rehusaban aquellos presentes, tomando esta accion por desprecio de sus manufacturas y productos. Quisieron responder con la manifestacion de una indiferencia semejante. Al volver á tierra ataron juntos todos los artículos europeos que se les habian dado y los dejaron abandonados en la arena, donde fueron hallados por los españoles al otro dia.

Viendo que no querian los estranjeros salir á tierra, emplearon los indios varios medios para ganar su confianza y disipar las sospechas que pudieron haber causado sus amenazas primitivas. Habiéndose acercado un bote á la playa muy cautamente á buscar sitio á propósito para llenar los cascos de agua salió de

entre los árboles un indio anciano y de venerable aspecto; con una bandera blanca suspendida de un palo, en señal de paz y conduciendo dos muchachas, una como de catorce años y otra de ocho, con joyas de guanin al rededor del cuello. Las condujeron al bote y las entregaron á los españoles para que las tuviesen en rehenes mientras se hallaban los estranjeros en tierra. Entonces salieron los españoles con confianza á llenar sus cascos, y los indios permanecieron á gran distancia, teniendo mucho cuidado en no infundir nuevas sospechas con sus palabras ni movimientos. Cuando los botes iban á volver, hizo señas el indio anciano de que se llevasen á bordo las muchachas, y no quiso admitir escusa alguna. Las indias no manifestaron sentimiento ni miedo al entrar en los buques, aunque rodeadas de hombres que debieron parecerles extraños y formidables. Colon procuró que no se abusara de la confianza que en él se ponia. Despues de agasajar á las jóvenes, vestirlas y adornarlas, las mandó á tierra. Pero vino la noche, y aun estaba desierta la costa. Tuvieron, pues, que volver á los bajeles, donde la pasaron bajo la solícita proteccion del Almirante. A la siguiente mañana las volvio á sus compatriotas. Fueron recibidas con alegría por el anciano, que se manifestó muy agradecido al buen trato que habian experimentado. Por la tarde, empero, cuando fueron los botes á tierra aparecieron las jóvenes acompañadas de una multitud de sus parientes



Un indio llevando rehenes á Colon.

que volvieron todos los regalos, sin conservar el mas mínimo de ellos, aunque debian haber sido preciosos á sus ojos tanto era el orgullo de aquellos salvajes, y el agravio que habian recibido al ver que se rehusaban sus presentes.

Al otro dia al acercarse el Adelantado á la costa, dos de los principales indios entraron en el agua, lo sacaron en brazos del bote, y llevándolo á tierra, lo sentaron con gran ceremonia sobre unos céspedes. D. Bartolomé quiso recibir de ellos noticias relativas al pais inmediato, y mandó al escribano de la escuadra que anotase sus respuestas. Este preparó inmediatamente pluma, papel y tintero, y comenzó á encabezar su escrito; pero apenas vieron los indios aquel extraño y misterioso proceso, equivocándolo con alguna operacion nigromántica que iba á destruirlos, huyeron aterrados. Volvieron despues, arrojando al aire polvos odoríferos, y quemando algunos de ellos en tal direccion, que el viento llevase su humo hácia los españoles. Era este sin duda un especie de antídoto que oponian á los encantos siniestros, pues miraban á los españoles como entes de un órden misterioso y sobrenatural.

Los marineros consideraban tambien los antídotos de los indios con mucha desconfianza, y temian que hubiese en ellos algo de mágia, y hasta Fernando